

Mi camino hacia la docencia. Una vocación que se construye desde lo humano

Gresia Yrazú Torres Chagolla*

Hablar de mi historia como docente es, en realidad, hablar de un proceso profundamente humano, lleno de dudas, descubrimientos, retos y momentos que han marcado mi vida de manera irreversible. No siempre supe que quería ser maestra. De hecho, mi camino comenzó en otro lugar.

En un inicio, decidí estudiar psicología. Pensaba que ese era el rumbo que debía seguir; sin embargo, algo dentro de mí no terminaba de encajar. A pesar de reconocer el valor de esa disciplina, no lograba conectar con ella de la forma en la que esperaba. Fue entonces cuando casi sin tenerlo completamente claro, me acerqué a la docencia. La elegí más desde la intuición que desde la certeza, guiada por la idea de que era una profesión profundamente humana.

Al principio dudé mucho. Me cuestionaba si realmente ese era mi lugar, si tenía lo necesario para estar frente a un grupo, para enseñar, para guiar. Pero todo cambió cuando inicié las prácticas. Recuerdo con claridad la primera vez que estuve frente a un grupo de niños: sus miradas atentas, su curiosidad, la forma en la que depositaban en mí una especie de confianza implícita. En ese momento entendí la magnitud de la responsabilidad que tenía enfrente, pero también descubrí algo aún más importante: me gustaba.

Aunque mis prácticas fueron mayormente de observación y tuve pocas oportunidades de intervenir directamente, cada experiencia dentro de una escuela despertaba en mí una emoción distinta. Ir, conocer contextos diversos, ver la dinámica de un aula y, sobre todo, sentir que podía aportar algo, fue lo que terminó por enamorarme de la carrera.

Mi verdadero encuentro con la docencia ocurrió al ingresar formalmente al sistema educativo. Inicié con un interinato en una escuela rural en Purísima del Rincón. Fue ahí donde entendí, de forma mucho más clara, lo que significaba ser maestra en contextos donde los recursos son limitados, pero la esperanza es enorme.

La escuela contaba con muy pocos recursos, al igual que las familias de los alumnos. Recuerdo niños que llegaban con zapatos rotos, sin uniforme, pero con una disposición admirable por aprender. Sus padres trabajaban arduamente para poder llevar alimento a casa, y aun así hacían el esfuerzo por enviar a sus hijos a la escuela.

En ese contexto, decidí dar lo mejor de mí. Me propuse hacer clases dinámicas, divertidas, significativas. Muchas veces esto implicaba ir más allá de lo que el sistema me ofrecía, pero lo hacía con gusto, porque entendía que para esos niños la escuela representaba mucho más que un espacio de aprendizaje académico: era un espacio de oportunidad.

Uno de los momentos más significativos de esa etapa fue cuando algunos padres de familia me llevaron un almuerzo en señal de agradecimiento. Ese gesto, sencillo, pero profundamente simbólico, reafirmó en mí el valor de mi labor. Me hizo sentir vista, reconocida y, sobre todo, necesaria.

Tiempo después, a finales de ese mismo año, recibí mi plaza. Este acontecimiento marcó un antes y un después en mi trayectoria, pues me asignaron a una comunidad aún más lejana y compleja: El Banco, en el municipio de Atarjea.

Llegar a esa comunidad implicaba un reto físico considerable. No había acceso para vehículos, por lo que debía subir aproximadamente tres horas caminando por un cerro empinado y empedrado. Ese trayecto, que realizaba con frecuencia, se convirtió en una metáfora de lo que significaba ejercer la docencia en contextos rurales: esfuerzo constante, resistencia y compromiso.

Al llegar, me encontré con una realidad aún más dura. Las viviendas eran sumamente humildes y ante la falta de condiciones para hospedarme, tuve que quedarme a dormir dentro de la escuela, en un salón que funcionaba como bodega. Ahí coloqué un colchón inflable y comencé una etapa que, aunque breve, fue profundamente transformadora.

Era maestra unitaria, lo que significaba que tenía a mi cargo a 16 alumnos de primero a sexto grado. La diversidad de edades y niveles representaba un gran desafío, especialmente considerando que la

mayoría no sabía leer y muy pocos sabían escribir. Ante esta realidad, tomé una decisión que marcó mi práctica: priorizar la alfabetización.

Dejé de lado, en muchas ocasiones, los contenidos formales para enfocarme en algo que consideraba esencial: enseñarles a leer y escribir. Sabía que, si lograban eso, tendrían una herramienta que podría transformar sus vidas.

Sin embargo, uno de los mayores retos no era pedagógico, sino social. La asistencia de los alumnos era irregular. Había semanas completas en las que ningún niño acudía a la escuela, ya que preferían o necesitaban trabajar con sus familias en el campo. Esto generaba en mí una constante sensación de frustración y cuestionamiento. Me preguntaba si mi esfuerzo estaba dando frutos, si valía la pena el sacrificio de estar tan lejos de casa, en condiciones tan demandantes.

A todo esto se sumó una situación profundamente dolorosa en mi vida personal: estaba embarazada y perdí a mi bebé durante ese periodo. Al estar en una comunidad tan aislada, el acceso a atención médica fue limitado, lo que complicó aún más la situación tanto física como emocional.

Ese momento marcó un punto de quiebre. Me vi obligada a renunciar en el mes de febrero. Fue una decisión difícil, cargada de emociones, dudas y un profundo sentimiento de “¿qué hubiera pasado si...?”. Hasta el día de hoy me cuestiono cómo habría sido mi historia si las condiciones hubieran sido distintas.

Tras esa experiencia, regresé a casa y permanecí algunos meses sin trabajo. Fue un tiempo de pausa, de duelo, pero también de reconstrucción.

En agosto se presentó una nueva oportunidad: ingresé a una escuela particular en León, Guanajuato, ciudad donde actualmente resido. Desde entonces he continuado mi labor docente en este contexto, que si bien es distinto al rural, también presenta sus propios retos.

Reconozco que ahora trabajo en un entorno con mayores recursos y privilegios, pero mi esencia como docente no ha cambiado. Sigo siendo la misma persona que encontré en la educación una forma de conectar, de transformar y de acompañar.

Hoy entiendo que mi vocación no nació de la certeza, sino del encuentro. Se fue construyendo en cada aula, en cada niño, en cada dificultad y en cada logro. La docencia me ha enseñado que educar va mucho más allá de transmitir conocimientos: es tocar vidas, es sembrar posibilidades, es estar presente incluso cuando las condiciones no son ideales.

Ser maestra, para mí, es un acto de entrega constante. Es elegir todos los días creer en el otro, incluso cuando el otro aún no cree en sí mismo. Y aunque mi camino ha tenido pausas, rupturas y momentos difíciles, también ha estado lleno de sentido.

Hoy puedo decir, con certeza, que encontré mi lugar.

*Licenciada en Educación Primaria. Docente en Escuela La Salle Américas de León, Gto. yrazugr.t@gmail.com